



## CAPÍTULO III

El marqués de Montchenu pide aumento de sueldo. — La *influenza* en Santa Elena. — El Emperador consentiría en recibir á los comisarios en calidad de particulares. — El almirante Malcolm opina por la supresión de los comisarios. — Nuevos pormenores sobre el incidente Welle. — Napoleón recibe el busto del rey de Roma. — Correspondencia mantenida entre Longwood y el continente por medio del *Anti-Gallican*. — Boletín médico. — Indisposición del Emperador. — Montholon compromete á los comisarios á solicitar audiencia. — Reconocimiento implícito del comisario francés. — Cuantiosos gastos en la casa imperial. — Primera enfermedad del Emperador. — El marqués de Montchenu recibe aviso de Francia acerca de la posibilidad de una tentativa de evasión.

A pesar de las frecuentes instancias del comisario regio al duque de Richelieu para que mejorara su apurada situación, no llegaba el deseado aumento de sueldo, que, por otra parte, justificaba la carestía de la vida en Santa Elena. Así es que á fines de 1816 el marqués se resuelve á otro intento, y escribe al ministro de Negocios extranjeros en la forma siguiente:

*Diciembre de 1816.*—«Estoy en la mayor estrechez, y es preciso comer todos los días. Tuve ya el honor de representar á V. E. que debía 800 libras esterlinas al gobernador. Desde entonces me ha vuelto á prestar 200 libras, no obstante haber cobrado el sueldo de

todo el año, que terminó el 25 de Noviembre. Vivo de manera que os inspiraría lástima y os aseguro que me resiento de salud. Os pedí 3.000 libras esterlinas, y tened la seguridad de que, por enorme que os parezca esta asignación, sólo alcanza aquí para vivir decentemente con mucha economía.

»Sabéis que la pobreza está muy mal vista por los ingleses, y así ayuno con frecuencia para obsequiar con una botella de clarete á dos ó tres amigos que vienen á verme algunas veces por la mañana y á quienes la costumbre, y más aún, las distancias, me obligarían á convidarles á almorzar. Tengo el honor de aseguraros que aunque vengan á caballo, bien se ganarían el almuerzo, á causa del calor y del mal estado de los caminos.

»Tenemos aquí dos hospitales, cuyos directores cobran 1.200 libras esterlinas cada uno, con derecho á la mitad del sueldo en caso de inutilizarse por accidente antes de la edad reglamentaria para el retiro. También hay dos sacerdotes, que disfrutan del mismo sueldo, con casa franca y pie de altar, cuyos derechos son bastante crecidos, pues un matrimonio cuesta 10 libras; además, tienen las escuelas públicas. Sirven durante diez años en la isla, y al relevarlos gozan de una pensión vitalicia de 500 libras. Todos estos pormenores me los ha proporcionado el gobernador. Sobre esto haréis las reflexiones que mejor os plazcan, pues las mías pudieran parecer interesadas. Únicamente os recordaré la respuesta de lord Castlereagh al príncipe de Esterhazy: «Según los informes que he tomado, lo menos necesita vuestro comisario 3.000 libras esterlinas. Más valiera no haberlo enviado si no queréis que pueda vivir decentemente.» El barón de Stürmer ha conseguido las 3.000 libras, con obligación de justificar su empleo para la ulterior asignación del sueldo. Vive con decencia, aunque nada le sobra. Suplico á V. E. que me responda cuanto antes, pues mi situación es en extremo penosa.»

Su carta termina como sigue: «La mortalidad ha crecido desde hace algún tiempo, pero creo que me respetará mientras no ataque á Longwood. El infarto del hígado es la enfermedad más común. El conde de Balmain la tuvo, si bien fué posible acudir á tiempo para remediarla. Las inflamaciones son muy frecuentes y peligrosas, pues en cuatro días se curan ó matan; es la enfermedad predominante, á

que las gentes llaman *influenza*. Proviene de la sequedad reinante hace muchos meses.»

27 Enero 1817.—La vida uniforme y absolutamente retraída que sigue llevando Bonaparte, no proporciona bastante materia para las correspondencias del marqués, buenas «para pasar el rato», como él mismo dice. Sin embargo, da cuenta de que el médico recetó abluciones de agua fresca con agua de colonia para curar los vértigos y pesadez de que el Emperador se quejaba; pero el ayuda de cámara cometió la torpeza de poner demasiada agua de colonia, de modo que le produjo vivo escozor en los ojos. «Encolerizóse por ello el Emperador, gritando que querían asesinarle, y tomando la primera silla que le vino á mano, la esgrimió furiosamente alrededor, hasta quedar dueño del campo. Tan violenta fué su cólera, que estuvo tres días febril, pero ya se ha puesto bien del todo.»

8 Julio 1817.—Por fin, recibe M. de Montchenu la noticia de que se le aumenta el sueldo hasta 60.000 francos, con lo que se satisface á pesar de haber pedido 75.000. «Por lo demás, —añade Montchenu, —yo no acepté el cargo por interés, y si tal hiciera me engañara; pero tiempo era de recibir esta prueba de deferencia, pues estaba ya desesperado. Procuraré satisfacerme con ella.»

«... También me place haber previsto las intenciones de V. E. (1), al no admitir el ofrecimiento que el gobernador nos hizo de allanar la morada de Bonaparte, pues desde luego supuse que esta diligencia movería mucho ruido, por demás molesto para las cortes extranjeras. Después manifestó el deseo de vernos en calidad de particulares, y aprovecha toda ocasión de reiterarnos este deseo (2). La única dificultad estriba en el modo de tener la primera entrevista. El gobernador le ha dicho al conde de Balmain: «Por mi parte, no he de poner ningún obstáculo.» Podríamos proceder de dos suertes: la primera, que es muy sencilla, consistiría en que el gobernador nos presentara sepa-

(1) El duque de Richelieu.

(2) Bonaparte convidó á comer á los comisarios, pero el marqués de Montchenu respondió al criado que le trajo la invitación: «Decid á vuestro amo que he venido aquí para vigilarle y no para comer con él.» (*Informes del barón de Stürmer*, p. 251.)

radamente, previo señalamiento de día y hora; pero Lowe le ve raras veces, y según creo, hace seis meses que no le habla. La segunda, que me parece es la que se trata de seguir, consiste en ir á ver á la señora Bertrand, para que él vaya á casa de ella, ó bien ella nos acompañaría á casa de él. Pero este segundo procedimiento tiene para mí una dificultad muy grande: ¿puedo yo visitar á la señora Bertrand, cuyo esposo está jurídicamente condenado á muerte, de resultas de un proceso incoado por el rey á causa de traición de Estado?

»El barón de Stürmer no está en el mismo caso, pero el incidente Welle tuvo mucho eco y el gobernador creyó durante algún tiempo que el barón estaba en el secreto, por lo que volvería á despertar sospechas si tomara con empeño la cuestión de la visita. Por otra parte, ha recibido las mismas órdenes que yo. En cuanto al conde de Balmain es enteramente dueño de sus actos. Su gobierno le tiene encargado que no haga nada ni nada indague, pero últimamente le ha encargado su soberano que le remita el mayor número posible de pormenores. Por eso está muy deseoso de entrar en Longwood, y de común acuerdo con el gobernador y su prisionero, convinieron en esperar la llegada del *Conquérant*. No sé si su carácter débil, tímido, voluble y aun algunas veces raro, le consentirá intentar esta espionosa empresa. Sin embargo, podéis tener la seguridad que no hará nada que contrarie ni á él ni á nosotros.»

»Esperamos ansiosos la partida del almirante Malcolm, que á pesar de su trato franco y cariñoso, dista mucho de ser tan leal como el del gobernador. En verdad, preferiría convivir con él, pero en punto á negocios, vale más el gobernador. Tenemos poderosos motivos para creer que el almirante siempre ha puesto obstáculos á nuestra entrada en Longwood, y la prueba está en que el 19 de Enero, cumpleaños de la reina, muchos convidados, entre ellos el almirante, se pusieron alegres á la hora de los brindis, y como el barón de Stürmer y yo aprovechásemos la ocasión para tirarle de la lengua, demostró la exactitud del proverbio: *In vino veritas*, diciéndonos muchas cosas de que sin duda se arrepintió al día siguiente. Confesó que los ingleses nos miraban con malos ojos; que si él fuese gobernador, y lograra adquirir las simpatías de Bonaparte y llevarlo á su casa, tendríamos con ello ocasión de verle frecuentemente; que los ingleses no sabían bas-

tante bien el francés para penetrar el sentido de nuestras conversaciones; que todo el mundo se desencadenaría contra ellos, y nosotros podríamos enterarnos de cosas que más vale ignoremos ahora. Le preguntamos qué haría si fuese gobernador (teníamos motivos para creer que solicitaba secretamente el cargo) (1), á lo que respondió: «Si yo fuese gobernador, empezaría por pedir á vuestros gobiernos que os llamasen, pues para tener aquí á alguien, bastarían capitanes del ejército que vivieran modestamente en la posada con nuestros oficiales, lo que no sería tan caro. Se contentarían con dar cuenta una ó dos veces al año de la presencia de Bonaparte y del estado de su salud, que es cuanto vuestros gobiernos pueden desear.» Le advertimos que también desean enterarse de ciertos pormenores, y replicó: «¡Oh!, en cuanto á eso, nada más fácil. El gobernador entera de todo á su gobierno, y así no hay más que dirigirse á éste.» Otras cosas iba á decir, pero desgraciadamente nos separamos y no le hemos vuelto á ver.

»Conviene ahora hablar otra vez del asunto de Welle. Yo creía que este hombre, instigado por el director del parque de Schœnbrunn, no tuvo reparo en traer al padre un mechón de cabellos del hijo, desobedeciendo las severas órdenes del barón de Stürmer; pero consideré este hecho motivado por la adhesión al jefe y el deseo de complacerle. Sin embargo, el conde de Balmain preguntó algún tiempo después á su colega: «¿Ha recibido Bonaparte un mechón de pelo de su hijo? — El interrogado estaba con ganas de hablar, lo que no le sucede á menudo, y respondió francamente: — ¡Oh!, lo del pelo poco importa; pero el Sr. Welle ha traído además una carta y un pañuelo de seda para Gourgaud...» Esto nos hizo reflexionar, porque no podíamos concebir que la corte de Viena enviara un botánico á Santa Elena, en donde sólo hay rocas desnudas y abrasadas. En el envío de estos paquetes creemos ver una vaga esperanza. No dijo más, ni el conde se atrevió á ampliar el interrogatorio. Conviene, no obstante, asegurarnos que no ha vuelto á haber comunicación desde entonces y que Welle no ha escrito ni una palabra á Europa.

»Es fácil comprender lo del mechón de pelos, pues el botánico

(1) El almirante se ofreció á substituir á Hudson Lowe, durante tres años, con la mitad de sueldo y la condición precisa de que se retirasen los comisarios.

residía en Schœnbrunn; pero ¿en dónde y de quién recibió la carta y el pañuelo para Gourgaud? No pudo ser más que en Francia. ¿Y qué motivos tuvo para aceptar el encargo?

»El gobernador ignoró durante mucho tiempo este último extremo. Desde un principio, desconfió mayormente del barón de Stürmer y supuso que estaba en el secreto. Sin embargo, según me dijo, por miramiento á la corte de Viena, no podía demostrar mayor confianza á un comisario que á otro. Posteriormente convenciósse de lo contrario, por las resultancias de la especie de proceso incoado; pero el efecto estaba ya hecho, y no es el gobernador hombre de carácter dúctil.

»Todo este asunto fué por demás desgraciado para el barón de Stürmer, pues tuvo el sentimiento de que los periódicos ingleses, por una parte, y las cartas procedentes de París y Viena por otra, lo desnaturalizaran en términos de rigurosa dureza. Se dejan escapar sospechas sobre su mujer, sus camareras y otras personas de posición más elevada. La injusticia de todo ello está agravada por la inocencia del sospechado y el pesar que le aflige. Las cosas llegaron al punto de que el príncipe de Metternich, enterado del incidente por la voz pública, creyó culpable á una doncella francesa de la señora de Stürmer, y como estuviera mucho tiempo sin recibir noticias de Santa Elena, no vaciló en suponer que le interceptaban la correspondencia.»

*Julio de 1817.* — A pesar de la rigurosa vigilancia que el gobernador ejercía sobre los familiares y visitas del Emperador, sucedió varias veces que los buques procedentes de Europa trajeron para Bonaparte encargos de sus parientes ó de los fieles servidores que se quedaron en Francia. De este modo recibió el busto de su hijo, enviado por conducto de un cabo de cañón del *Baring*, según demuestra con toda evidencia la siguiente carta de Bertrand:

*A M. Felipe Radwicz, cabo de cañón á bordo del Baring.*

Longwood, 16 de Julio de 1817.

«Señor mío: He recibido el busto de mármol del niño Napoleón y lo he entregado á su padre, quien se alegró sobremanera. Siento que no hayáis podido venir á vernos y darnos algunos pormenores, siem-